

ANTONIO MARTÍNEZ CONESA

¡Uno, pequeño y libre!

COLECCIÓN EL BIBLIONAUTA N. 5

EDICIONES DEL SERBAL

PRÓLOGO:
CUANDO SALÍ AL PATIO YA ERA DE NOCHE.
CRUCÉ EL GRAN...

... portón de madera por la puerta pequeña, que a mí también me parecía enorme, y sentí la libertad en la cara. Las farolas poligonales emitían una luz apagada, triste, sepia, como la mayoría de los recuerdos de mi infancia. Llevaba pantalón corto, camisa de franela, anorak, calcetines hasta las rodillas, el cogote rapado, el flequillo largo y una pesada mochila de grueso cuero colgaba de mi espalda.

Tan sólo tres o cuatro manzanas me separaban de mi casa, pero sabía que el tiempo que emplease en llegar era todo mío y que nadie me impediría hacer lo que me diese la gana.

Por entonces, regalar armas de juguete a los niños estaba bien visto. Yo tenía en mi cuarto un montón de pistolas y metrallas de distintos calibres y épocas. También soldados de todos los tamaños y de todos los ejércitos del mundo. Y en mi mochila nunca faltaba una pequeña Colt 45 de pistones* que aún conservo.

* Antiguamente, los pistones eran unos rollitos de papel que se ponían en las pistolas y, al disparar, sonaba como un petardo. Cuando se gastaba el rollito, los padres no solían comprar más y sólo sonaba un clic, clic.

Al salir del colegio la empuñé y corrí por las estrechas calles, siempre por la acera (como debe ser), esquivando bancos, papele- ras y alguna vieja. Claro que con ocho años (casi nueve) todos los mayores me parecían ancianos. En las esquinas me detenía pe- gado a la pared, asomaba un ojo y, si no había enemigo a la vista, continuaba mi aventura hasta el siguiente obstáculo sin dejar de apretar el gatillo, clic, clic, contra todo lo que se moviese.

Ya me acercaba a la calle ancha; esa que tenía que atravesar por el semáforo y en la que enfrente estaba el portal de mi casa. Ya empezaba a cruzarme con más gente, sombras oscuras que se movían a mi alrededor como si fuesen los malos de una película muda con los que tenía que acabar, clic, clic, y terminaba esqui- vando convencido de que no me veían, de que me ignoraban, de que a sus ojos yo era invisible por mi tamaño, por ser pequeño, por ser un niño.

Al llegar a la calle ancha había más luces. La que salía de los escaparates de las tiendas, de los rótulos luminosos, de los faros de los coches, motos, motocarros y tranvías, y de las altas y cur- vadas farolas. Entornaba los ojos para apuntar mejor con mi pis- tola hacia un señor con sombrero que caminaba por la acera de enfrente, cuando una enorme mano me cogió del hombro de- recho, rodeándome la espalda con el antebrazo. Me dio media vuelta alejándome del semáforo por donde tenía que cruzar para llegar a mi casa, al refugio de mi angosto y lúgubre portal que conocía tan bien y que, en segundos, se desdibujaba en mi cere- bro, súbitamente agitado como una esfera hueca de cristal llena de agua y motas blancas en lento movimiento. Aquel imprevisto no estaba en el guión de mi película de aventuras. Nada cuadra- ba. ¿Qué pasaba? Miré hacia arriba. Era un hombre muy grande, vestido con traje negro, o así lo recuerdo, y sin abrigo. Me sentía atrapado con fuerza por su brazo.

Cuando los copos de mi cerebro empezaron a reposar sobre el paisaje de mi mundo, empecé a sentir miedo. Pero no un miedo conocido, como el que habitualmente me invadía en el colegio ante la sola presencia de cualquiera de los hermanos de babero blanco; esa clase de miedo que una vez me impidió pedir permiso para ir al baño, con las incómodas y malolientes consecuencias. Tampoco era como el pánico que a veces sentía ante la amenaza de una inminente paliza por parte del grupo de chicos mayores que tenía amedrentado a más de medio colegio. Ni siquiera se parecía al miedo de ir al infierno por cometer pecados mortales, como faltar a misa el domingo, ni al de recibir la amenaza de sufrir algún castigo mucho más terrenal por haber hecho alguna trastada en casa.

Aquel miedo era otro. Hoy, más de 40 años después, lo reconozco con claridad. Viendo a aquel desconocido que me llevaba en dirección opuesta a mi casa, sujeto del hombro y empujándome implacable, descubrí el miedo, precisamente, a lo desconocido. Y, como desconocía a aquel hombre, desde mi ingenuidad, le pregunté: ¿Adónde vamos? Con tu padre, me respondió. Nos espera en aquella esquina. Miré hacia el lugar y vi con claridad lo que no me resultaba en absoluto familiar. En la esquina del cine del barrio había un coche grande, negro. Otro hombre, también desconocido y con traje también negro, sujetaba la puerta abierta de la parte trasera del coche. Allí no estaba papá. El coche de papá me decían que era verde (soy daltónico), no negro como ése, y mucho más pequeño. Un *Seiscientos*. Y aquel hombre que esperaba junto a la puerta abierta no era papá. Nada me resultaba familiar. Todo era extraño. Mi mundo era otro. Y a cada metro que avanzaba, aquél quedaba un metro más atrás.

El corazón empezó a golpearme el pecho con una fuerza fuera de lo normal y, resuelto a escapar de mi cuerpo, subió por

el cuello hasta casi salir por las orejas. Y por alguna desconocida razón, tan desconocida como el hombre que me llevaba calle abajo, hacia el interior del coche negro que con la puerta abierta esperaba en la esquina, el último copo de nieve se posó en mi cerebro en construcción y algo tocó. Un punto, un botón, una palanca, un resorte que ordenó a mis pequeños pies detenerse, a mis delgadas piernas flexionarse ligeramente, a mi enclenque cuerpo girar sobre sí mismo y a mi cabeza agacharse para pasar por debajo de aquel enorme, musculoso y confiado brazo. Me escurrí y corrí. Corrí como nunca lo había hecho, hacia la libertad que había perdido hacía breves instantes y que tenía que recuperar, como fuese, llegando cuanto antes a mi portal, a mi refugio, a mi casa. Allí ya no me importaría volver a perderla. Porque allí ya sería todo familiar, conocido, previsible, apacible, protector.

Corrí temiendo que, en cualquier momento, la manaza de ese hombre desconocido cayera de nuevo sobre mi hombro. Pero no ocurrió. Por supuesto que no miré atrás en ningún instante. Ni siquiera sentí la tentación de hacerlo. Lo que sí noté, de repente, fue un intenso dolor en la mano derecha. Miré y la causa no era otra que la enorme fuerza con la que apretaba la empuñadura de mi Colt 45. Seguí corriendo como alma que lleva el diablo. Cabeza gacha, hombros encogidos, ojos entornados mirando allá, al semáforo, a cien, noventa, ochenta, setenta metros. Corre, corre, está abierto para los peatones, que no se cierre, que no se cierre, me decía. La palabra PASEN empezó a encenderse y a apagarse. Ya llego, ya llego. Treinta, veinte, diez metros. ¡Llegué! Aún seguía intermitente la indicación para los peatones cuando terminaba de cruzar la ancha, anchísima calle y entraba en mi portal como un rayo engullido por la oscuridad.

Lo conté en casa. Pero a los niños no hay que hacerles mucho caso. Son niños. Tienen demasiada imaginación.

Puede que sí. Que mi imaginación de niño fuese desbordante. Puede que hasta dudase de que mi aventura de esa tarde hubiese sido real. Pero recuerdo, claramente definida, una sensación de bienestar conmigo mismo que hasta ese momento no había sentido. Había resuelto yo solito una situación extraña, dudosa y agresiva contra mi infantil persona. Probablemente fue entonces cuando, sin ser consciente de ello, decidí que jamás permitiría que nadie me impusiese su voluntad. Y menos a la fuerza.

Pasados los años, alguna vez he contado mi recuerdo de aquella tarde y sigo recibiendo comentarios y gestos de incredulidad. ¿Para qué querría alguien llevarse a un niño de mi edad? Demasiada imaginación, noto que piensan. ¡Dichosa imaginación!

Hoy continúo sintiéndome muy solo ante aquella experiencia e infinitas veces me he preguntado: ¿qué hubiera pasado si no me doy media vuelta y salgo corriendo? Imposible saberlo. El hecho es que la di. Me di la vuelta y salí corriendo como tantas y tantas veces, desde entonces, lo he hecho ante aquello que me obliga a seguir un camino que no es el mío.

Pero puestos a imaginar regresemos al momento previo a la caída del último copo de nieve en la esfera acuosa de mi cerebro. Esta vez, cuando por fin cae, no toca ningún punto que mueva ningún resorte que me haga dar la vuelta para intentar escapar. El hombre del traje negro me tira dentro del coche, el otro hombre cierra la puerta, los dos se suben delante, el que conduce acelera y yo veo por la ventanilla alejarse la luz del balcón del segundo piso donde mi madre espera que vuelva del colegio.

CAPÍTULO PRIMERO:
HACE YA UN BUEN RATO QUE ESTOY
EN EL ASIENTO...

... trasero del coche negro. Por las ventanillas no se ve nada. Ni una luz, salvo las de los faros de algún que otro coche que se cruza con el nuestro, iluminándolo por dentro. ¿He dicho el nuestro? Sí, ya es también un poco mío. La piel áspera del asiento ya me parece familiar de tanto pasar los dedos sobre sus hendiduras. Es marrón (creo) y áspera; tiene como escamas que noto que arañan la piel de mis muslos. Claro, voy con pantalón corto, como es normal para un chico de mi edad que aún no sabe lo que es sentirse ridículo ante las chicas de su misma edad. La manivela de la ventanilla es mucho más grande que la del *Seiscientos* de papá. Lógico, pienso, tiene que mover un cristal enorme. Está sucio. Parecen churretes y huellas de manos. La palanca para abrir la puerta no está. Sólo está el tornillo donde se supone que ésta estuvo alguna vez. En la otra puerta pasa igual. Vamos, que de aquí no puedo salir a no ser que abra la ventanilla y me tire a la cuneta, cosa que no voy a hacer porque el coche va muy deprisa. Además, si la abro, el ruido del viento me delataría.

¿Estoy pensando lo que estoy pensando? Lo tengo claro. Tengo tanto miedo que a lo más que llego es a tocar el cuero del asiento. Bueno, la cabeza también la muevo, si no, no vería el negro de la noche a través del cristal, ni las manivelas de las ventanillas, ni los tornillos de las palancas que no están, ni los cogotes de esos dos que van delante.

Pasa otro coche. He podido ver la silueta de la oreja del que conduce y un poco del perfil con bigote del de al lado. Casi no se han dirigido la palabra en todo el camino. Un por ahí o gira en la próxima, pero ya está. ¿Y si les pregunto que adónde me llevan? ¿O, quizás, la consabida cantinela del cuánto falta que a todos los niños les gusta repetir hasta el infinito cuando van en coche? Ufff, mejor ni lo intento. Creo que no me saldrían las palabras de lo asustado que estoy. Así que vuelvo a mi pequeño espacio sobre el cuero del asiento junto a mi inseparable cartera. Siento frío y meto las manos en los bolsillos del pantalón. De repente un hilo de esperanza cruza ante mis ojos. Allí está. Estoy tocando la solución a todos mis problemas. Un excelente Colt 45, compañero inseparable de aventuras, que empuñaré para obligar a esos dos gigantones a dar la vuelta y devolverme al refugio de mi portal. No puedo llegar tarde a casa, mamá se estará preocupando.

El revólver no quiere salir del bolsillo. Imposible. Tiemblo al imaginar la situación. ¡Yo apuntando a los del traje negro y gritándoles que se acabó! Uf, prefiero pensar que papá estará allí donde vamos. Ya falta poco. Y papá estará esperándome, estoy seguro.

Empiezo a sentir sueño y justo en el instante en el que cierro los ojos, el que conduce casi se traga una curva y la inercia me lanza contra la otra puerta. ¡Ay!, digo. El golpe en la cabeza y mi frágil lamento hacen volverse al que va de copiloto.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —susurro.

Su voz es grave, y el tono, indiferente. Me duele la sien, cierro los ojos y me acurruco sobre el frío cuero del asiento con la cabeza apoyada en la cartera.

Paso el tiempo escuchando el monótono ruido del motor. Mucho tiempo. ¿Faltará mucho?, me pregunto. El ruido aumenta y se superpone al de un motor más grande. Estamos adelantando a un camión. Suena una bocina. Abro los ojos. Veo luces marcando las formas del interior del coche negro. ¿Por qué se me borran las líneas? ¿Estoy llorando? Me siento pequeño, muy pequeño. Diminuto.

—Estoy pensando en dejarlo.

—¿Dejar el qué?

—Esto.

—¿Estás loco?

—Con lo que nos van a dar por éste, yo ya voy servido.

—Ya me lo dirás cuando nos hagan otro pedido.

—Estoy harto de pedidos. Yo ya tengo bastante. Quiero olvidarme de esta mierda.

—¿Tú qué miras? ¡Come!

—¿Lo ves?, este crío no es tan crío; se entera de las cosas.

—¡Vete a tomar por el culo, gilipollas! ¿Ahora me vas a decir que tienes escrúpulos? Las órdenes son: criado, sano, limpio, sumiso y que no sea tonto. Pues aquí lo tienes. ¡Es perfecto!

—Vale, que sí, que ese tal don Simón siempre acierta. Pero éste... no sé, puede que cumpla todos los requisitos y sea el paquete perfecto, pero creo que es demasiado mayorcito para separarlo de su familia. ¡Que es una familia normal, coño! ¡Que no son rojos, joder!

—¿Y a ti qué más te da? ¡Piensa en la pasta! Además, si quieren otro hijo sólo tienen que echar un par de polvos sin condón y asunto arreglado.

—No tengo hambre. Venga, chaval, vamos a dormir.

No he entendido nada de la conversación que acabo de escuchar. Bueno, sí. Las palabras sí. Pero no he logrado comprender de qué hablan. ¿Tengo yo algo que ver en la cuestión? Ni idea. ¿Qué querrá dejar el del bigote? ¿Un paquete? Estoy seguro de haber escuchado con toda la atención de la que soy capaz y sin embargo...

No he comido casi nada. Me pusieron delante un plato de horribles judías verdes y fui pinchando con el tenedor los cuatro trocitos de jamón que encontré enterrados entre la verdura, sin atreverme a levantar la cabeza del plato, escuchando a esos dos. Para mí ha sido una novedad oír sus voces. El del bigote la tiene profunda; parece que está hueco por dentro. Éste es el que me agarró y me empujó hasta el coche. Me recuerda a mi profe de gimnasia que también es el jefe de estudios y, además, nos da clase de Formación del Espíritu Nacional. Grandote y siempre con cara de póquer. Nunca sabemos si está de buen o mal humor. Como éste. El otro no lleva bigote, pero tiene unas cejas grandes y oscuras que caen revueltas por encima de unos ojos minúsculos, negros y brillantes. Éste no me gusta, había decidido mientras le oía pronunciar aquellas palabrotas, con voz rota, que habrían escandalizado a mis abuelos, a mis papás, a mis tíos, al hermano Hernando y también al profe de gimnasia don Simón.

Puerto de Despeñaperros, leo en un cartel que hay junto a la carretera. El coche negro lleva un buen rato echando por el tubo de escape un espeso humo que veo disolverse en el aire a través

de la estrecha ventanilla trasera. Va muy despacio. Seguro que yo corro más deprisa, pienso. Pero fue pasar aquel cartel y empezó a ir más rápido. El motor volvió a sonar como siempre. Es cuesta abajo. ¿Estaremos llegando? ¿Estará papá esperándome?

He pasado la noche en un camastro a los pies de una cama grande ocupada por el del bigote. Como no estoy acostumbrado a acostarme vestido y la ventana no tenía persiana, casi no he pegado ojo. Cada vez que un coche o, peor aún, un camión, pasaba por delante del hostel de carretera donde habíamos parado para cenar y dormir, me despertaba asustado y enlazaba con los ronquidos del bigotes. También le olían muy mal los pies.

El paisaje ha cambiado. Ahora todos los árboles son iguales y están plantados en hilera. Huele raro. Me quedo hipnotizado viendo pasar las hileras de aquellos árboles (¿grises?) y tan parecidos unos a otros. Los ojos se me cierran de puro aburrimiento. ¿Qué hacen esos hombres? Me fijo y, sí, están sacudiendo con unos palos muy largos las ramas de los árboles. Me invade la curiosidad y repito la misma pregunta, pero ahora en voz alta:

—¿Qué hacen esos hombres?

Enseguida me asusto. He abierto la boca impulsivamente, sin pensarlo.

—Están vareando los olivos —dice con voz monótona el del bigote y aclara enseguida—: Recogiendo la aceituna.

Olivos, pienso. O sea que los olivos son los árboles que dan aceitunas. Vaya.

Sé muy poco del campo. Es verdad. No me he preocupado nunca de saber qué árboles son los que hay de mi casa al colegio. Ni qué plantas son las que tiene mi abuela en la terraza. Ni qué arbustos son los que crecen en el descampado donde juego con mis amigos. El año pasado fuimos de vacaciones a un pueblo de Salamanca, un pueblo con un río cerca, lleno de piedras

y charcas donde nos bañábamos. ¡Madre mía! ¡Cuántas plantas con pinchos había! Yo me pasaba todo el tiempo atento a no rozarme con ninguna. Y luego estaban los bichos. ¡Uf! Había unos que andaban por encima del agua. Y luego, esos abejorros enormes y negros que...

La verdad es que soy bastante miedoso. Me falta valor hasta para saltar un charco. Y estos dos..., ¿me llevarán a un sitio con campo? Sea donde sea está demasiado lejos.

Mis pensamientos se quedan enredados entre las ramas de uno de los millones de olivos que salpican ordenadamente el paisaje, sólo roto por la bacheada carretera por la que, a cada segundo que pasa, me alejo unos metros más de mi portal; y me duermo.

Un ruido metálico me sobresalta. El coche negro se ha detenido frente a una gran puerta de barrotes de hierro que lentamente la está abriendo, tirando primero de un lado y luego del otro, un hombre viejo y encorvado, produciendo un chirrido agudo, largo y desagradable. La piel, claro, de gallina. No sé si por el chirrido o por el miedo que se me multiplica por dentro al darme cuenta de que ya hemos llegado a mi destino. Sí, estoy seguro de que este larguísimo viaje ya se ha terminado. Miro entre las cabezas de los dos hombres y veo unas personas que esperan al otro lado de un enorme patio de tierra, al pie de los cuatro escalones de piedra que conducen a la puerta de la casa que hay al fondo. Es grande, blanca, con un par de balcones y muchas ventanas salpicadas sin ningún orden. El esqueleto enmarañado de una enredadera atraviesa la fachada de lado a lado. El coche avanza despacio y, poco a poco, voy distinguiendo al grupo que nos espera. Cuatro mujeres y un hombre que, ¡Dios mío!, ¡no es mi

padre! De las mujeres, dos están vestidas con ropa elegante, como cuando mi madre se arregla para salir con mi padre al cine o al teatro. Claro que mi madre es mucho más guapa que estas dos. La más gruesa, la del traje de flores, tiene las manos entrelazadas como si estuviese rezando y mira hacia el interior del coche negro, o sea, hacia mí sonriendo, pero con los ojos llorosos. La otra, seca como un palo y ataviada con un vestido blanco con lunares oscuros, sujeta del brazo a la primera y sonrío con aire altivo. Las otras dos mujeres están un poco por detrás y llevan una ropa más sencilla, con delantal. No sonrío. Como tampoco lo hace el hombre. Éste lleva botas como las de montar a caballo y una especie de palo con mango en la mano. Tiene los ojos casi cerrados, el ceño fruncido, unas arrugas muy profundas que le cruzan la frente al revés, o sea, de arriba abajo, y el pelo repeinado hacia atrás y muy negro y brillante.

Cuando el coche se detiene frente al grupo, es el hombre quien se acerca a la puerta trasera derecha y la abre. Todas las miradas entran como rayos X en el interior y me atraviesan hasta dejarme como desnudo. ¿Cómo voy a salir así!? Me quedo dentro sin atreverme a nada. Diez pupilas negras se mueven nerviosas sobre cada resquicio de mi insignificante figura. Escudriñan a discreción desde mi nariz hasta mis rodillas, desde mis manos hasta los pelos de mi flequillo, desde la hebilla de mi gastado cinturón hasta los cordones de mis botas. ¡Dios mío! Y ahora ¿qué?

Como, transcurridos apenas unos instantes, sigo sin moverme y con cara de espanto, la mano huesuda del hombre de la cabeza brillante tira de mí con fuerza y caigo a los pies de la señora rellenita y llorosa. Siento el arañazo de la arena en las rodillas y en las palmas de las manos. Cierro los ojos un instante y, cuando los abro de nuevo, allí está ella, con su redonda y pintada cara pegada a la mía.

—Pero ¡qué guapo eres! —dice la mujer con voz chillona y temblorosa—. Ven aquí, mi niño.

Y diciendo esto último me agarra con exagerada ternura y me estrecha entre sus grandes pechos en un abrazo de mamá osa. Luego me separa de su cuerpo y, sin dejar de apretar con sus garras mis delgados brazos, me vuelve a mirar y dice otra vez:

—Pero ¡qué guapo eres!

Para rematar su aparatoso recibimiento me planta dos sonoros besos en cada mejilla que luego limpia de carmín con sus dedos pulgares previamente humedecidos con saliva de su boca. Cuando por fin la primera mujer me suelta aparece la mano de alambre de la otra estirada del vestido de lunares y me agarra de la barbilla obligándome a mirarla.

—Sí, no está mal —dice la asquerosa.

Cómo que no estoy mal. Todo el mundo dice que soy guapo. Mi mamá la primera y la que más, luego mis abuelas que no se quedan cortas, mi vecina la viejecita siempre que me ve me lo dice, la madre de Palomita también y también mis tías..., aunque, bueno, algo de competencia con mis primos sí que hay. Vamos, que de tanto oír que soy guapo, lo que acaba de decir ésta, me suena raro. Estoy a punto de protestar, pero va y me pregunta:

—¿Cómo te llamas, pequeño?

¡Y encima me llama pequeño!, pienso, pero ¡si ya he hecho la primera comunión!

—Sebi —digo con voz salida de no sé dónde.

—¿Severiano? —oigo decir en tono despectivo a El de la Cabeza Brillante.

—Eusebio —aclaro con la misma voz de antes.

—¡Mucho más bonito! —exclama La Besucona.

—Bueno, ya veremos si te quedas con ese nombre —sale de la boca pintada de La Lunares.

¿Cómo? ¿Qué? No entiendo. ¿Qué habrá querido decir con eso de que ya veremos si me quedo con mi nombre? ¿Qué tiene de malo mi nombre?

—Maca, lo lleváis a la cocina, lo metéis en un barreño grande, le dais un buen fregado y, después, algo de comer —dice La Besucona sin dejar de mirarme con ojos de besugo—. Y me avisáis cuando esté bien limpio, desinfectado y alimentado. ¡Ale!

De las dos mujeres del delantal que me miran con ojos tristes, la mayor se viene hacia mí y me pasa su brazo por la espalda hasta apoyar con suavidad su mano sobre mi hombro. Es un gesto que se repite mucho desde ayer, sí, pero esta vez me siento protegido bajo el leve peso de la mano enrojecida y con olor a lejía de esta mujer que, al parecer, se llama Maca.

—Vamos, cariño —me dice afectuosamente.

—Mi cartera —digo por sorpresa—. Está dentro del coche.

—Luego te la doy, chico —me dice El de la Cabeza Brillante mientras la coge y se la queda—. Ya veremos si le conviene conservar lo que hay dentro —remata dirigiéndose con voz engolada y tono autoritario a las dos mujeres bien vestidas.

Mientras subo los cuatro peldaños de piedra hacia la gran puerta de la casa, imagino que ésta es una gran boca dispuesta a engullirme. Sobre mi futuro, una vez que me haya tragado aquella bestia, me siento incapaz de imaginar absolutamente nada. Las lágrimas empiezan a salirme por los ojos como la lava de un volcán. Me queman, me ciegan. Todo es extraño, desconocido. Imposible de entender y más de explicar.

Tiemblo. Con fuerza, pero con tacto, Maca frota mi espalda con una esponja áspera. Estoy sentado dentro de un barreño grande, de chapa, metido hasta la cintura en agua caliente. Al principio

quemaba un poco. Luego, mi piel se acostumbró al húmedo y relajante calor. Ya no lloro, pero sigo temblando.

La otra mujer con delantal había arrimado los dos bancos junto a la gran cocina de leña y, sobre ellos, había puesto ese enorme barreño. Luego avivó el fuego para calentar el agua en una olla y, así, en varias tandas, llenó la improvisada bañera hasta la mitad. Mientras, Maca me quitaba la ropa con suavidad y palabras amables.

—No te preocupes Sebi, todo va a ir bien. Ya verás como aquí se te quiere. No es tan mala casa. Anda, ayúdame a quitarte el pantalón. Parece que eres un buen chico.

Cuando llegó al calzoncillo lo agarré con fuerza.

—¡No, el calzoncillo no! —dije entre hipos—. Por favor.

—Vaya, vaya. ¡Pero qué vergüenza tienes, cariño! —exclamó bromeando—. Bueno, vale, déjatelo puesto, *remilgao*. Así se limpiarán también tus palominos.

Fue entonces cuando respiré un poco más tranquilo y dejé de llorar. Ahora, de vez en cuando, Maca frota la esponja contra un enorme y deforme trozo de jabón para sacar algo de espuma. Luego repasa mi cuerpo por todos los rincones menos por la zona cubierta por los calzoncillos. Menos mal, pienso. De repente se queda mirándome con la esponja señalando mi entrepierna y me la ofrece. La cojo, ella se da la vuelta para atizar el fuego de la cocina y yo me froto mis partes separando la goma del calzoncillo. Menos mal, me digo. Una puerta que hay detrás de mí se abre y noto el relente que atraviesa el aire caldeado de la cocina acompañado de una voz pesada y gargajosa.

—Hola, chaval —dice la voz—. ¿Preparándote para tu nueva vida? —me pregunta mientras rodea el barreño en el que estoy metido—. ¿Cómo te llamas? —me vuelve a preguntar sin esperar respuesta a la primera pregunta y se queda plantado delante de mí mirándome fijamente a los ojos.

Los tiene grises (o yo los veo grises, no sé) rodeados por cientos de pequeñas arrugas que dibujan en su cara un gesto entre duro y amable, entre triste y alegre, entre bobo e inteligente. Lleva sobre la cabeza una gorra sucia de sudor y polvo, grandes patillas blancas y entre los labios, medio colgando, la colilla apagada de un pitillo de picadura.

—Eusebio —digo con todas las letras.

—José —me dice el viejo encorvado, el mismo que abrió las puertas chirriantes al coche negro, recuerdo—. Seremos amigos —afirma poniendo ante mí su enorme mano abierta.

Dudo. ¿Qué hago? ¿Qué quiere de mí ahora este hombre? ¡Estoy bañándome! ¡Mojado! ¡En calzoncillos! Maca me mira sonriendo. La mujer más joven que trajina por allí se ha parado y también me mira curiosa. Vuelvo a observar los ojos del viejo. Me parece que sí, pienso. Un punto en mi cabeza recibe una orden y extiende con decisión mi pequeña y arrugada mano.

—¡Seremos amigos! —digo convencido.

Su áspera mano envuelve la mía y la aprieta con fuerza aunque noto que en ella aún esconde mucha más energía. No me hace daño. Y las líneas de sus arrugas alrededor de los ojos me confirman que nunca me lo hará.

—Venga, José, deja al niño en paz que tengo que secarlo —ordena Maca acercándose con una gran toalla blanca abierta entre sus brazos—. Niña, ponle a Sebi un buen plato de las sobras del guiso de cabrito con patatas —continúa ordenando—. Este niño tiene que comer bien para crecer y hacerse un hombre —dice para sí mientras me frota con energía.

La habitación tiene aviones de guerra a escala colgando del techo. Una de las paredes está llena de estanterías con juguetes de todo

tipo aunque los que más me llaman la atención son los soldados, los camiones, los tanques y los todoterreno. Unos llevan los distintivos del ejército español, y otros, del alemán. Cruzadas en la pared, sobre el único estante con libros que hay coronando el pequeño escritorio, junto a la cama, veo una pareja de raquetas de tenis. También hay unos floretes de esgrima formando una equis sobre el dintel de la puerta. Todo está en perfecto orden, salvo las vías de un tren eléctrico a medio montar que hay por el suelo y cuatro o cinco pelotas de fútbol tiradas por los rincones.

Estoy de pie sobre la cama. ¡Por fin vestido! Calzoncillo (blanco), pantalón corto (creo que gris), camiseta (blanca), camisa (blanca) y calcetines largos (¿azul oscuro?). Todo es nuevo, a estrenar. La Lunares lo ha ido desenvolviendo y La Besucona me lo ha ido poniendo. He pasado muchísima vergüenza, pero, ¡por fin!, ya estoy vestido. Aunque me tapaba con las manos, las dos han visto descaradamente mis partes porque, aparte de analizarme de arriba abajo, he notado que observaban la zona intermedia con más detalle e interés. ¡Serán cochinas!

—Míralo, sí, se ve que está bien alimentado. Está así de delgado por constitución —decía una.

—Pues a mí me parece que está en los huesos, a punto de la desnutrición. ¡A ver de dónde lo habrán sacado esos dos buscavidas! De una familia como es debido seguro que no —decía la otra.

—Anda, rico, date la vuelta que te engancho los tirantes detrás del pantalón —me ordena la primera.

Le hago caso y me quedo frente a la pared, mirando sobre el cabecero de la cama.

—¡Andá! —exclamo sin querer.

Allí delante, en la pared, hay dos grandes fotos enmarcadas, una de Franco y otra de José Antonio. Sé quiénes son porque

son fotos que se ven mucho, sobre todo en el colegio. Entre las dos fotos hay una bandera española (roja y amarilla porque lo oigo mucho) con su escudo y su águila y debajo otras dos más pequeñas. También las conozco. La de la izquierda es la de la Falange porque lleva el yugo y las flechas, y la otra es del Real Madrid, blanca (claro) y con ese escudo tan enrevesado que lleva encima una corona. Y todo esto rematado en lo más alto por un musculoso Cristo hecho de un metal oscuro y que brilla mucho.

—Te gustan las banderas, ¿eh? —oigo decir a La Besucona.

—S... sí, claro —susurro.

—No te podrás quejar, chiquillo. Lo bien protegido que vas a dormir por las noches —dice con su aguda voz La Lunares.

—Yo suelo rezar a mi ángel de la guarda —digo serio.

—Eso está muy bien —me instruye La Besucona— pero también tienes que pedir a Nuestro Señor para que cuide y proteja a nuestro caudillo, Francisco Franco Bahamonde, en la tierra, y a nuestro héroe, José Antonio Primo de Rivera, en el cielo.

—Así como a nuestra Patria —remata La Lunares poniéndose casi en posición de firmes— que ahí la tienes representada por la roja y gualda, la falangista y la del equipo de fútbol español por excelencia: el Real Madrid.

—Porque te gusta el fútbol, ¿verdad, esto... Eusebio? —enlaza La Besucona.

—Prefiero las bicis —refunfuño.

—¡Ahí va! —exclama La Lunares.

—Pues tendremos que solucionar ese problemilla —añade La Besucona dándome la vuelta y poniéndome de nuevo frente a ella— si no quieres tener un problemón con tu nuevo padre.

¿Mi nuevo padre?, me pregunto por dentro mientras la pesada mujer me termina de colocar los tirantes del pantalón. ¿Mi nuevo padre!?, me repito al tiempo que recuerdo con claridad la

cara redonda y sonriente de mi padre, el verdadero. De repente, las lágrimas salen a borbotones de mis ojos, surcando los laterales de mi nariz y saltando en cascada desde mi barbilla hasta estrellarse sobre el blanco de mi camisa nueva.

—Recuerda —me susurra al oído La Besucona—, si te pregunta di que te gusta el fútbol y que eres del Real Madrid.

Estamos bajando una ancha escalera de reluciente madera que acaba en un gran salón lleno de alfombras y que, a cada escalón que desciendo, parece aún mayor. La Lunares viene detrás. Todavía no se me ha quitado de la cabeza lo que me ha hecho llorar de nuevo. La segunda vez, desde que estoy en esta casa, que soy incapaz de retener las lágrimas. ¡Tengo que comportarme como un hombre!, me digo. Mi padre, el auténtico, me lo repite a menudo: Eusebio, ya eres un hombre y tienes que comportarte como tal. ¡Qué fácil es decirlo! A mí me parece que eso de comportarse (vaya con la palabra) uno como un hombre no está muy claro. Vale, hay que ser fuerte, duro y un poco... ¿bruto? Hay que ser valiente, galante y... ¿fanfarrón? Lo único en lo que todo el mundo coincide es en afirmar que los hombres no lloran. ¡Tengo que conseguir no llorar! ¡Como sea!

La Besucona me había terminado de vestir mientras yo seguía soltando lágrimas a raudales e hipaba desconsoladamente, ante la cara de asco y la mirada helada de La Lunares. Un jersey fino de cuello de pico (del mismo color que los calcetines) y unos zapatos de cuero (¿marrones como mi cartera?) que me apretaban los dedos de los pies, fueron las prendas que dieron el toque definitivo a mi pulcro aspecto para afrontar el crucial momento que estaba a punto de vivir. Aquella advertencia de La Besucona, cuando comenzamos a descender la escalera, fue lo primero

que me dijo después de que, aún en el dormitorio, pronunciara esas otras palabras que aún rebotaban entre las ramificaciones nerviosas de mi cerebro: TU NUEVO PADRE.

Con la mano sobre mi hombro, para variar, La Besucona me conduce hacia la zona del salón ocupada por una gran chimenea encendida. Como es algo que yo no he visto nunca hasta ahora, irremediamente acaparan mi atención las infinitas y sugerentes formas que el fuego produce retorciéndose en el interior del hogar. Me quedo ensimismado y no presto atención a los dos hombres que, sentados en sendos sofás de piel oscura, hablan entre ellos y continúan haciéndolo durante un buen rato sin hacer caso ni a las dos mujeres ni a mí.

—Pe... perdona, querido —oigo decir a La Besucona, con voz temblorosa.

Nada. Ni caso. Los dos hombres siguen hablando entre ellos:

Uno: Podemos reunir a mandos y profesores y...

Dos: Y poner, de una vez por todas, las cosas en su sitio. No puede ser que en estos tiempos tan trascendentes para la Patria se empiecen a relajar los ideales a los que nuestro mentor y maestro dedicó su vida. Todos hemos heredado su legado y yo he asumido su continuidad. Y no pienso defraudar su memoria.

Uno: No se preocupe, mi coronel. Lo organizo y le informo.

Dos (volviéndose de repente hacia nosotros): Pero Camelia, ¿no ves que estoy trabajando? ¡Ah!, ¿es éste?

Los dos hombres se quedan mirándome, repasándome, de nuevo, de arriba abajo. Los veo medio absorto aún por las llamas de la chimenea y, poco a poco, enfoco la situación que me rodea. La alfombra que piso con mis zapatos nuevos es mullida y con dibujos de flores y plantas de muchos colores (puede que

estén todos). A mi izquierda percibo una luz fría, de invierno, iluminando la cargada atmósfera del salón y el momento que en él se vive. Tanta claridad entra por esos grandes ventanales que fui descubriendo poco a poco, mientras bajaba la escalera, y que recorren, sin cortinas y en toda su longitud, la amplia sala, dando vistas a un cuidado patio con millones de tiestos de colores, ahora sin flores, salpicados por todas partes.

Frente a mí, una pared llena de libros y, en el centro, la chimenea sobre la que ahora veo un gran cuadro que retrata a alguien de cuerpo entero y con uniforme militar de tierra, muy estirado y con la vista perdida en lontananza. Y justo delante de todo esto, a seis o siete pasos de mí, los dos grandes sillones de piel, girados ligeramente hacia la chimenea y, asomando de ellos, con medio cuerpo fuera, los dos hombres que me miran intimidándome. El de la izquierda me suena. Es el del pelo repeinado para atrás y muy brillante, las botas de montar y el palito en la mano. El de la derecha tiene pinta de ser el jefe de la casa. Enseguida me doy cuenta. Éste es el que ordena y manda, pienso convencido; el que lleva la voz cantante. No hay más que verlo. Con su mano hace girar una copa redonda con una pequeña cantidad de líquido dorado (creo) en su interior, que se mueve lentamente, produciendo breves destellos por la luz que recibe del fuego de la chimenea. Va de uniforme, como el del cuadro. En sus pequeños ojos, en los grandes cristales de sus gafas y en las tres estrellas de ocho puntas que lleva en las hombreras y en las bocamangas de su chaqueta, se refleja el mismo brillo trémulo de su copa. Me observa. Lo observo. Silencio. A mí me parece que transcurre una eternidad.

—Ven aquí —me ordena súbitamente.

Me acerco a él sin dejar de observarlo, pero en mis ojos sé que hay miedo. Vale, aún no soy un hombre, aunque intento parecerlo. Me detengo a un metro.

—¿Tu nombre y apellidos? —Más que preguntarme me interroga.

—Eusebio Carayol Sanz —contesto con la voz más gruesa y menos aflautada que tengo.

—Bien, voy a dejar que conserves tu nombre de pila: Eusebio —dice remarcando con ímpetu su sonoridad—. Pero olvídate del Carayol y del otro...

—Sanz —le apunta el del palito.

—Bien, como sea —continúa el que manda—. Pero olvídate de ellos. Ya no tienes apellidos hasta que no me demuestres que mereces llevar los míos. Son demasiado notables como para regalártelos así como así. Tendrás que ganártelos. ¿Cuántos años dices que tiene, Camelia? —pregunta a La Besucona sin dejar de mirarme.

—Ocho, querido —dice ella.

—¡Nueve! —protesto yo—. Cumplo nueve muy pronto. Falta menos de un mes.

—Bueno, bueno, está bien —concluye el que manda—. Que le den un buen corte de pelo y que mañana empiece las clases. Y tú, Nebreda, supervísalo directamente.